

UN ENTIERRO: OCASIÓN DE RENACER

En la primavera de 1832, aunque hacía tres meses que el cólera tenía helados los espíritus y había echado sobre la agitación una lúgubre tranquilidad, París estaba hacía tiempo dispuesto para una conmoción. Como hemos dicho ya, la gran ciudad parece un cañón; cuando está cargado, basta que caiga una chispa para que salga el tiro. En junio de 1832 la chispa fué la muerte del general Lamarque.

Lamarque era un hombre de fama y de acción. Había tenido sucesivamente las dos clases de valor necesarias en las dos épocas: el valor de los campos de batalla y el valor de la tribuna. Era tan elocuente como bravo; su palabra parecía una espada. Como Foy, su antecesor, después de haber mantenido á gran altura el mando militar, mantuvo á gran altura la libertad.

Se sentaba entre la izquierda y la extrema izquierda; era querido del pueblo, porque aceptaba el porvenir, y querido de la multitud, porque había servido bien al emperador. Era, con el conde Gerard, uno de los mariscales *in petto* de Napoleón.

Los traidores de 1815 le miraban como una ofensa personal. Odiaba á Wellington con un odio direc-

to que agradaba á la multitud y hacía diez y siete años que guardaba majestuosamente la tristeza de Waterlloo, atento apenas á los sucesos intermedios. En su agonía, en su última hora, había apretado contra su pecho una espada que le habían dedicado los oficiales de los Cien Días. Napoleón murió pronunciando la palabra *ejército*; Lamarque pronunciando la palabra *patria*.

Su muerte, prevista, era considerada por el pueblo como una pérdida y por el gobierno como una ocasión. Aquella muerte fué un duelo: duelo que, como todo lo que es amargo, puede cambiarse en una revuelta. Esto fué lo que sucedió.

La víspera y la mañana del 5 de junio, día fijado para el entierro del general Lamarque, el arrabal de San Antonio, por el cual debía pasar el entierro, tomó un aspecto temible. Aquella tumultuosa red de calles se llenó de rumores. Armábanse todos como podían. Los carpinteros llevaban las tablas de sus establecimientos «para echar abajo las puertas». Uno de ellos se había hecho un puñal de unos ganchos de zapatero, rompiendo el gancho y aguzando la espiga. Otro, en la fiebre de «atacar», dormía vestido hacía tres días. Un carpintero, llamado Lombier, encontró á un compañero que le preguntó:—¿A dónde vas?—Pst. No tengo armas.—Pues, ¿y entonces?—Me voy á mi taller á coger un compás.—¿Para qué?—No le sé,—decía Lombier.

Otro, llamado Jacqueline, hombre de recursos, se acercaba á los obreros que pasaban y les decía:—¡Ven!—Les pagaba un cuartillo de vino y añadía:—¿Tienes trabajo?—No.—Pues ve á casa de Fils-pierre, entre la barrera Montréuil y la barrera Charonne, y hallarás trabajo.—En casa de Fils-pierre encontraban armas y cartuchos. Ciertos jefes conocidos *corrían la posta*, es decir, iban de una á otra parte

para reunir á la gente. En casa de Barthélemy, cerca de la barrera del Trono, en casa de Capel, en el Petit-Chapeau, los bebedores se acercaban con aire sombrío, y se les oía decir:—*¿Dónde tienes tu pistola! —Debajo de la blusa.—¿Y tú! —Debajo de la camisa.*

En la calle Traversière, delante del taller Roland, y en la plaza de la Casa Quemada, frente al taller del instrumentista Bernier, cuchicheaban algunos grupos. Distinguíase entre ellos un tal Mavot, que nunca estaba una semana en un taller, pues los maestros le despedían «porque tenían disputas con él todos los días.» Mavot fué muerto al día siguiente en la barricada de la calle Menilmontant.

Pretot, que debía morir también en la lucha, seguía á Mavot, y á esta pregunta ¿qué quieres? le respondía:—*La insurrección.* Algunos obreros, reunidos en la esquina de la calle de Bercy, esperaban á un tal Lemarin, agente revolucionario del arrabal de San Marcelo. Las órdenes se cambiaban casi públicamente.

El 5 de junio, pues, con un día en que se mezclaban la lluvia y el sol, el entierro del general Lamarque atravesó las calles de París con la pompa militar oficial, aumentada un poco con las precauciones. Dos batallones con los tambores enlutados y los fusiles á la funerala, diez mil guardias nacionales con el sable al lado, las baterías de artillería y de la guardia nacional escoltaban el féretro. El carro fúnebre era llevado por jóvenes. Los oficiales de inválidos le seguían inmediatamente, llevando ramos de laurel. Después venía una multitud innumerable, agitada, extraña, los seccionarios de los Amigos del Pueblo, la Escuela de Derecho, la de Medicina, los proscritos de todas las naciones, banderas españolas, italianas, alemanas, polacas, tricolores horizontales, toda clase de enseñas, niños agitando ramas ver-

des, picapedreros y carpinteros, impresores que se distinguían por sus gorros de papel, marchando de dos en dos, de tres en tres, dando gritos, agitando palos casi todos, algunos sables, sin orden, y, á pesar de esto, con un solo pensamiento, semejantes ya á una confusión, ya á una columna.

Algunos pelotones habían elegido un jefe; un hombre armado con un par de pistolas, perfectamente visible, parecía pasar revista á otros, cuyas filas se abrían para dejarle paso. En los paseos de los boulevares, en las ramas de los árboles, en los balcones, en las ventanas, en los tejados, hormigueaban cabezas, hombres, mujeres y niños, con la ansiedad en los ojos. Pasaba una multitud armada; otra multitud asustada miraba.

El gobierno, por su parte, observaba; observaba con la mano en el pomo de la espada. Podían verse dispuestos á marchar cartucheras llenas, fusiles y carabinas cargados; en la plaza de Luis XV, cuatro escuadrones de carabineros montados y con los clarines á la cabeza, en el barrio latino y en el Jardín Botánico, la guardia municipal, escalonada de calle en calle; en el Mercado de los vinos, un escuadrón de dragones; en la plaza de la Grève una mitad del 12.º ligero, y la otra mitad en la Bastilla; el 6.º de dragones en los Celestinos, y la artillería llenando la plaza del Louvre. El resto de las tropas estaba retenido en los cuarteles, sin contar los regimientos de los alrededores de París. El poder, inquieto, tenía suspendidos sobre la multitud amenazadora veinticuatro mil soldados en la ciudad y treinta mil en las afueras.

En el acompañamiento circulaban diversos rumores. Se hablaba de intenciones legitimistas; se hablaba del duque Reichstadt, á quien Dios señalaba para la muerte en el momento mismo en que la

multitud le designaba para el imperio. Una persona desconocida anunciaba que á una hora fijada contra-maestres ganados, abrían al pueblo las puertas de una fábrica de armas. En todas las frentes descubiertas de la multitud de espectadores dominaba un entusiasmo mezclado con abatimiento. Veíanse también aquí y allá en aquella multitud, presa de tantas emociones violentas, pero nobles, verdaderos rostros de malhechores, y bocas innobles que decían: —¡Robemos! Hay ciertas agitaciones que remueven el fondo de los pantanos y que hacen subir á la superficie del agua nubes de cieno. Fenómeno á que no es extraña la policía «bien montada».

El acompañamiento fué con una lentitud febril desde la casa mortuoria por los boulevares hasta la Bastilla. Llovía de tiempo en tiempo; pero la lluvia no incomodaba á aquella multitud. En el tránsito habían ocurrido varios incidentes: el ataúd había sido paseado al rededor de la columna Vendôme; había sido apedreado el duque Fitz-James que estaba en un balcón con el sombrero puesto; el gallo de los galos había sido arrancado de una bandera popular y arrastrado por el lodo; un agente de policía había sido herido de un sablazo en la puerta de San Martín; un oficial del 12.º ligero decía en alta voz: Soy republicano; la escuela politécnica había dado, después de su consigna forzada, los gritos: ¡Viva la escuela politécnica! ¡Viva la república! Todos estos hechos marcaron el paso del fúnebre convoy. En la Bastilla, las grandes filas de curiosos que descendían del arrabal de San Antonio se unieron con el acompañamiento, y principió á levantarse cierto murmullo terrible.

Oyóse á un hombre que decía á otro:

—¿Ves bien á aquel de la perilla roja? Pues ese dirá cuándo hemos de tirar. Parece que aquella mis-

ma perilla roja se encontró después haciendo lo mismo en otro motín: en el de Quenisset.

El féretro pasó la Bastilla, siguió por el canal, atravesó el puente pequeño y llegó á la esplanada del puente de Austerlitz. Allí se detuvo. En aquel momento la multitud, vista á vuelo de pájaro, ofrecía el aspecto de un cometa, cuya cabeza estuviese en la esplanada y cuya cola, desarrollada por el muelle Bourdon, cubriera la Bastilla, y se prolongara por el boulevard hasta la puerta de San Martín. Trazóse un círculo al rededor del carro fúnebre; el acompañamiento guardó silencio; Lafayette habló y se despidió de Lamarque. Fué aquel un instante tierno y augusto; todas las cabezas se descubrieron; todos los corazones palpitaron.

De pronto se presentó en medio del grupo un hombre á caballo vestido de negro, con una bandera roja, y, según otros, con una pica terminada por el gorro frigio. Lafayette volvió la cabeza. Excelmans abandonó el convoy.

Aquella bandera roja levantó una tempestad y desapareció. Uno de esos terribles rumores, que parecen una marejada de la multitud, corrió desde el boulevard de Bourdon hasta el puente de Austerlitz; oyéronse gritos prodigiosos:

—¡Lamarque al panteón!—¡Lafayette al Hotel de Ville!—Al oír estas exclamaciones, algunos jóvenes arrastraron el carro fúnebre de Lamarque por el puente de Austerlitz y á Lafayette en un coche por el muelle Morland.

En la multitud que rodeaba y aclamaba á Lafayette, se distinguía, y era señalado, un alemán, llamado Ludwig Snyder, que murió centenario, que había hecho la guerra de 1776 y había peleado en Trenton á las órdenes de Washington, y en Brandywine á las de Lafayette.

Mientras tanto, por la orilla izquierda, la caballería municipal se ponía en movimiento y venía á ocupar el puente; por la orilla derecha los dragones salían de los Celestinos y se desplegaban á lo largo del muelle Morland. El grupo que llevaba á Lafayette los vió repentinamente en la esquina del muelle y gritó:—¡Los dragones! ¡Los dragones!

Los dragones avanzaban al paso, en silencio, con las pistolas á las pistoleras, los sables envainados, las carabinas en el mosquetón, con un aire sombrío de espera.

A doscientos pasos del puente hicieron alto. El coche en que iba Lafayette llegó hasta ellos; abrieron sus filas, le dejaron pasar y volvieron á cerrarse. En aquel momento se tocaban los dragones y la multitud: las mujeres huyeron con terror.

¿Qué pasó en aquel momento fatal? Nadie podrá decirlo. Aquel fué el momento tenebroso en que se chocan dos nubes. Unos dicen que en el lado del Arsenal se oyó una trompeta que tocaba ataque; otros que un muchacho dió una puñalada á un dragón. El hecho es que se oyeron tres tiros; el primero mató al jefe del escuadrón, Cholet; el segundo á una vieja sorda que estaba cerrando una ventana en la calle de Contrescarpe, y el tercero quemó la charretera de un oficial. Una mujer gritó:—¡Se empieza muy pronto! Y de repente se vió por el lado opuesto al muelle Morland un escuadrón de dragones, que se se había quedado en el cuartel, desembocar al galope, con el sable desnudo, por la calle Bassampierre y el boulevard Bourdon, y barrer todo lo que se les ponía delante.

Todo concluye entonces; desencadénase la tempestad, llueven las piedras, estalla el fuego; unos se precipitan por los ribazos y pasan el estrecho brazo del Sena, hoy cegado; las canteras de la isla Souviers,

vasta ciudadela natural, se erizan de combatientes, se arrancan las estacas, se disparan pistoletazos, se bosqueja una barricada; los jóvenes rechazados pasan el puente de Austerlitz con el féretro á paso de carga y atacan á la guardia municipal; acuden los carabineros, los dragones acuchillan, la multitud se dispersa en todas direcciones, un rumor de guerra sale de los cuatro extremos de París. Se grita ¡á las armas! corren, tropiezan, huyen, resisten. La cólera transmite el motín, como el viento transmite las llamas